

Leído en La Habana

José Prats Sariol

LOS RASGOS ESENCIALES DEL COLOQUIALISMO se acendran y diversifican en el más reciente libro de Raúl Rivero¹. Al reflexionar sobre los artificios que singularizan esta modalidad expresiva se verifica la relevancia de este poeta dentro de las letras cubanas de hoy. Con independencia de los motivos temáticos –necesaria y saludablemente polémicos– la poética autoral vitaliza una estilística que aún resulta engañosa, que aún exhibe su apariencia de espontaneidad.

En efecto, la poesía conversacional tiene su paradigma en el emblema de su propio nombre, aunque desde luego nadie hable en prosa. Lograr la “conversación”, sin embargo, exige tanto talento y esfuerzo como cualquier otro sendero connotativo. Sus sintagmas –los poemas– quizás hayan producido la mayor avalancha de mediocridades en la historia de la poesía –no sólo en Cuba– pero ello no invalida a sus voces genuinas, ello no hipoteca el fragor encantado de los textos del venezolano Hugo Figueroa o del colombiano Juan Manuel Roca; de los que como Ginsberg o Enzensberger, Gelman o Padilla, sirven de referencias. Tampoco hace mella en el efecto de vigor y desenfado que viene logrando Raúl Rivero –ininterrumpidamente– desde *Papel de hombre* (1968), *Poesía sobre la tierra* (1970), *Poesía pública* (1981), *Cierta poesía* (1984)... Que muchos crean que textos conversacionales pueden ser escritos por cualquiera no significa que sea cualquier poesía. Los cualesquiera, los sudorosos asedios de la oligofrenia culturosa, resbalan sin manchar sobre el cauce conversacionalista.

Un breve comentario al que considero el poema más representativo de *Firmado en La Habana* puede dar las argumentaciones mínimas:

¹ RIVERO, RAÚL: *Firmado en La Habana*. Editorial SIBI, Florida, 1996.

PREGUNTAS

*Por qué, Adelaida, me tengo que morir
en esta selva
donde yo mismo alimenté
las fieras
donde puedo escuchar hasta mi voz
en el horrendo concierto de la calle.*

*Por qué aquí donde quisimos árboles
y crecieron enredaderas
donde soñamos ríos
y despertamos enfermos
en medio de pantanos.
En este lugar al que llegamos
niños, inocentes, tontos
y había instalada ya una trampa una ciénaga
con un cartel de celofán
que hemos roto aplaudiendo
a los tramposos.*

*Por qué me tengo que morir
no en mi patria
sino en las ruinas de este país
que casi no conozco.*

La interpelación preside. Las preguntas de respuestas implícitas desenvuelven el conversacionalismo lírico y épico. El tono confesional logra desde el “yo” del tercer verso la atmósfera íntima, la revelación y el zumo de la complicidad. Las paradojas balancean cada reproche que la interrogación abre, los profundiza, les da el calado imprescindible para que naveguen por el extrañamiento, por los avatares ontológicos y éticos, sobre lo circunstancial y lo accidental. Hasta que la pregunta final –síntesis del escarnio– resume la imprecación, funciona estructuralmente como retroalimentadora de cada uno de los versos precedentes, dentro de la ilación ininterrumpida, continua, que favorece la ausencia de comas.

La “soltura” conversacional revela, cuando la lectura detiene cada artificio, cada figura, una coherencia que con sabiduría ha logrado que la curva tonal del poema cierre arriba, intensamente, sin nada superfluo. Todo “Preguntas” forma una sola metáfora, una superposición analógica continua cuya espiral se guarda de cerrar la puerta, que como la técnica del *ubi sunt* –según Lausberg– se limita a enunciar los indicios imprescindibles para que el receptor sea quien forme la sinécdoque: la parte hacia el todo. Sólo así la ironía alcanza verdadera mordacidad, queda en la memoria afectiva, vuelve a cada “por qué” para entrar con Orfeo en el Infierno del poeta, en la condición de extranjero en su propio país. O al revés: en su condición de viajero por un país extraño. Tal ambivalencia, desde las paradojas existenciales, es la que recrud-

ce el pasmoso vigor de “Preguntas”, su energía de lava y de ciclón, de terremotos y furias –erinnias o euménides– las diosas griegas que acosan a Adelaida y al poeta, que representan el castigo.

Los veintinueve poemas de *Firmado en La Habana* –donde el autor vive– se mueven con mayores o menores márgenes por los artificios observados en “Preguntas”. Son signos bien fehacientes de un fértil desafío verbal que se remonta a la adolescencia del autor, nacido en 1945, y que se ha mantenido –como la compleja vida cubana– contradictorio y controvertido, pero siempre sin la purulenta máscara del oportunismo.

Desde “Malos sueños” hasta “Anda y dile así” se arma un bolero, un lirismo triste que da fe de su andar y simultáneamente tiene fe en su andar. Así se aprecia en la “niebla” de “No, si yo no estoy llorando”; en los juegos temporales de “Pan y circo”; en las ingeniosas burlas de “Ejercicio No. 1 sin piano ni guitarra”; en las intertextualidades presididas por una directa alusión de “Vida y haciendas”; en la sobrecogedora interpelación de “Patria” o en el sarcasmo de “La americana fea”; en el asesoramiento de Dylan Thomas de “Lección I” o en la proclama de “Orgullo Nacional”; en el reportaje desolador de “La canción de los perdedores” o en los desdoblamientos –develadores y desveladores– de “Disfraces”.

Ante cada poema el lector siente un adjetivo que no por tener diversos significados, de estar abrumadoramente discutido, ha dejado de perder resonancias: revolucionario. Pero el adjetivo exige una profunda limpieza. Liberarlo de acepciones mecanicistas y astronómicas, neohegelianas. Es claro que afirmar que la poesía de Raúl Rivero es revolucionaria quiere decir que se trata de una poética rebelde, perturbadora, sediciosa. O mejor: disidente. Indica la acción y efecto de revolver, de no aceptar, de crítica permanente que a todo riesgo huye de fundamentalistas y restauradores. Es la eterna inconforme, la que nunca se arregla ante el espejo, la que no apuesta ni al pasado ni al futuro. Es la de panfletos a lo Dante y a lo Swift. Su eticidad unen el sol y la luna del mundo moral. Pone en crisis las teleologías. Le saca la lengua hasta su propia imagen. Y por supuesto que no otorga talento ni nos obliga a coincidir con sus ideas, pero tampoco pierde en elegancias edulcorantes, en abulias de cansancio y cobardía, su emblema de escéptica lucidez. Y salta de nube en nube a sabiendas de que los pusilánimes y miedosos –la burocracia del espíritu– no le perdonarán la vida. No le importa. Paga su precio. Sabe que los fantasmas de la anarquía son siempre preferibles a las medallas y los cerdos de la abyección, de la doble moral, en aquellos intelectuales carentes de autenticidad.

Firmado en La Habana es una excelente muestra de que por encima de crisis espirituales y materiales, los poetas cubanos mantienen su juventud expresiva, su estilete afilado. Ni se esconden ni esperan. Las desgarradoras “razones vitales” que aquí compartimos con Raúl Rivero –duélale a quien le duela– confirman una vez más que se trata no sólo de un poeta insoslayable sino en profundo proceso creador. Cada poema parece sugerir la difícil espontaneidad, la compleja sencillez conversacional. Parece decirnos de nuevo “que ama la vida desastrosamente”, “que no quiere la muerte/ ni en poesía”.